

puesto que solo deseaba que le guiasen por la costa.

Los indios de Cariari, al ver partir á sus compañeros, quedaron sumidos en una profunda tristeza, y como eran tan supersticiosos, creyeron ver en aquel acto un síntoma fatal para su raza y para su pueblo.

El día 5 de Octubre abandonó la escuadra la playa de Cariari para caminar al lado de la costa, que á causa de los tesoros que encerraba debía llamarse Costa Rica.

Capítulo XXVII.

Donde parece Colón dormido y los que le acompañan despiertos.

A los dos días de navegacion se encontraron los buques en una gran bahía llena de islas, separadas por canales unas de otras.

A todas las llamaban los indígenas Caribaro.

Los indios de Cariari aseguraban á los españoles que en ellas abundaba el oro.

El padre Las Casas, que más tarde las visitó, dice «que eran muy vastas y estaban cubiertas de árboles, cuya frondosidad revelaba la existencia de frutos y flores.»

Los buques podían navegar á toda vela por los canales, si bien rozaban los palos y las cuerdas con las espesas ramas de los árboles.

Los navíos de Colón se acercaron á una de las islas y se detuvieron allí, llamando desde luego la atención á los españoles unas veinte canoas que habia atracadas en la orilla.

Acercáronse unos cuantos con los dos indios de Cariari, y éstos, buscando á los dueños de las canoas que al ver las embarcaciones se habian refugiado en los bosques, les aseguraron que no tenían nada que temer, con lo cual entablaron prontas relaciones con los españoles.

Algunos de los indios de aquella isla fueron presentados á Colón, y su vista animó á los españoles.

Todos ellos llevaban pendientes del cuello, por medio de cordones de algodón, grandes láminas de oro puro y adornos de guanin figurando águilas.

Colón ofreció á uno de ellos tres cascabeles por una lámina de oro, y el indio pareció quedar muy satisfecho del negocio.

¡El oro! ¡No es de este siglo su influencia!

En todas las épocas ha producido el mismo efecto sobre los hombres.

Y no sólo los marineros, sino el mismo Colón experimentaba una inmensa alegría al ver que al fin y al cabo, despues de tantas desventuras, de tantos peligros, habia conseguido el tesoro que codiciaba.

Los españoles continuaron haciendo exploraciones por aquellas islas, trasladándose de unas á otras por los canales en las lanchas.

En una de estas expediciones hallaron diez canoas, en las que iban indios adornados con guirnaldas de

flores y coronas formadas por uñas de animales y pájaros.

Casi todos ellos llevaban además preciosas láminas de oro; pero parecían conocer el valor de aquel metal, puesto que al pedirsele los españoles se negaban á dárselo.

Los españoles se apoderaron por medio de halagos de dos de aquellos indios, y los llevaron á presencia del almirante.

Uno de ellos tenia una lámina de oro, que, segun los historiadores de aquel tiempo, valia eatorce ducados.

El otro un águila que valia veintidos.

A pesar de su sencillez no tardaron en descubrir los deseos de los españoles de poseer aquel metal, y les manifestaron que á dos dias de distancia habia parajes en donde hallarian todo el oro que quisieran, indicándoles que el lugar que más oro producía era Veragoa, distante veinticinco leguas de aquellas islas.

A partir de aquel momento, se entabló una lucha sorda entre los tripulantes y Colón.

Casi todos ellos iban animados, más que por el deseo de adquirir gloria y ensanchar los dominios de España, por el afán de amontonar oro, de enriquecerse y de volver con sus ganancias á la madre patria.

Así es que al hallarse entre aquellos indios, que tanto oro tenían, y al vislumbrar la seguridad de obtenerlo de sus manos, hacían los mayores esfuerzos

para que la escuadra se estacionase en aquel país sin proseguir adelante, puesto que allí quedaban satisfechas todas sus aspiraciones.

La belleza de los paisajes, los agradables y sabrosos frutos que sin trabajo alguno conseguían, la hermosura de las indias, todo aquel conjunto encantador les seducía de tal manera, que no comprendían un más allá.

Pero Colón, que caminaba esperanzado por el deseo de realizar el pensamiento de su vida, de encontrar el estrecho que debía abrir camino por el Occidente á aquel magnífico país que regia el gran Kan, á las observaciones que le habían hecho algunos capitanes por cuenta propia y de los marineros y soldados, había respondido:

—Nadie puede arrebatarnos el oro que aquí hay. Calmad vuestra impaciencia; sigamos el rumbo que ha de conducirnos al término de nuestro viaje, y al regresar á España podremos llevar honra y provecho, que vale más que el provecho solo.

Esta determinación dió lugar á continuas murmuraciones; no pocos de los que iban á bordo pusieron en duda el talento del almirante, algunos creyeron que su vanidad iba á perderles, y se confirmaron más y más en la idea de que su excesivo amor propio, ó como él le llamaba, su amor á la gloria, había sido causa de que la isla Española, apenas colonizada, se hubiese convertido en un semillero de disturbios y en un campo de incesante discordia.

Pero el almirante y sus hermanos dieron las ór-

denes oportunas para continuar la marcha, y el día 17 de Octubre abandonaron las carabelas la bahía, ó mejor dicho el golfo, en donde habían permanecido algún tiempo; costearon la provincia de Veragoa ó Veragua, como se llamó más tarde, y llegaron á un espacioso río, al que Fernando Colón dió el nombre de Guaig.

Detuviéronse allí, y según la costumbre, fueron algunos marineros á tierra en los botes para explorar la orilla.

No se habían separado diez varas de los buques las pequeñas barquillas, cuando se presentaron en la costa más de trescientos indios armados con espadas y lanzas; hechas de madera de palma, dispuestos á interceptar el paso á los españoles y á castigar su osadía por dirigirse á sus dominios.

Su presencia se hizo notar por el ruido seco y repetido de los tambores que usaban, y el sonido de unos caracoles que, á guisa de trompeta, empleaban para acompañar sus estridentes gritos de guerra.

Desde luego pudieron convencerse los españoles de que aquellas gentes eran hombres aguerridos; porque con un denuedo, con un arrojo inconcebible, al ver que los botes avanzaban, se arrojaron al agua, y blandiendo sus armas, corrían en actitud amenazadora á caer sobre sus enemigos.

Muchos de ellos arrojaban el agua hácia los botes, como en señal de reto.

En vista de esto, dispuso Colón que los dos intérpretes que había tomado en Cariari se adelantasen en

un bote y explicasen á los indios el objeto de su visita.

No tardaron en calmar su temor, y al informarse de que solo la curiosidad era la que movia á los extranjeros á acercarse á la orilla, de sus tierras, se mostraron afables, y recibiendo con entusiasmo de los españoles los consabidos cascabeles, abalorios y demás chucherías, les dieron en cambio diez y siete láminas de oro, de un valor de ciento cincuenta ducados.

Tornaron unos y otros, y al día siguiente regresaron los españoles á la orilla, para ver si aumentaban el número de láminas de aquel rico metal.

Pero los indios, que se habian figurado que no volverian, recelaron de nuevo al verlos aproximarse á la orilla; y presentándose en gran número en actitud hostil, y llenando el espacio con el sonido de los tambores y de los caracoles, se lanzaron al agua para atacar á los extranjeros.

Uno de los indios disparó su flecha é hirió en un brazo á un español.

Esto les contuvo algun tanto.

Sin embargo, despues de un momento de tregua, avanzaron de nuevo contra sus enemigos, y entonces una de las carabelas disparó un cañonazo.

El estampido del cañon les atemorizó de tal manera, que huyeron horrorizados á refugiarse en las selvas.

Los españoles, aprovechando este momento, llegaron á la orilla, saltaron en tierra y les siguieron.

Fué tal el pánico que se apoderó de los indios, que arrojando sus armas se detuvieron, presentándose con la mayor sumision y humildad á los españoles.

Estos se contentaron con pedirles oro, y no tardaron en satisfacer sus deseos.

Dejáronlos en libertad, dándolos objetos iguales á los que el día anterior les habian ofrecido, y volvieron á bordo de las carabelas.

Impaciente Colon por llegar cuanto antes al término de su viaje, se dió de nuevo á la vela; pero resuelto á explorar toda la costa, se detuvo en la entrada del rio Catiba.

Los indios de aquella parte de la costa le recibieron de la misma manera que los anteriores, es decir, con grandes alaridos y gritos de guerra.

Como los españoles no desembarcaron, enviaron los indios una canoa con el objeto de que sus tripulantes les preguntasen cuál era el motivo de su presencia allí.

Los intérpretes los tranquilizaron.

Subieron á bordo de la carabela donde estaba Colon, conferenciaron con él y tornaron muy satisfechos, dando á sus caciques los mejores informes acerca de los deseos de los españoles.

Envió el almirante á un capitán con varios soldados á visitar al cacique, y éste, despues de recibirlos con la mayor cortesía, les dió uno de sus mejores adornos de oro y permitió á sus vasallos que obsequiasen del mismo modo á los españoles.

Llamó su atencion en aquella parte de la costa una